

boca, como mordaza, aquella tela que estaría mejor empleada en sábanas para los hospitales; y me entró vergüenza de haber increpado momentos antes a una persona formal y bien intencionada, llamándole apalucos y enemigo de los genios en embrión. Él, acostumbrado á escenas de tal naturaleza, sonreía maliciosamente y preguntaba: «¿Qué tal? ¿Lo admitimos ó no lo admitimos?» Luché un instante conmigo misma, y por fin contesté suspirando: «Habrá que admitirlo. Póngalo usted donde menos se vea... en interés del autor.» No quiero suprimir la moraleja de este recuerdo, que tiene ya de fecha catorce años. El artista á quien apadriné no tardó mucho en diseñar la portada de un libelo contra mí. Es lo único que de él he sabido en todo este tiempo.

* *

La lenidad que censuro en el Jurado, es dañosa hasta á los artistas novicios. Dos efectos puede surtir el que á un joven le rechacen una obra: ó impulsar á consultar mejor las fuerzas, á emplear superiores medios, ó desalentar hasta el punto de que renuncien al arte los que se ven imposibilitados de figurar en la Exposición. El primer efecto no hay que decir si es beneficioso. El segundo no cabe en nadie que sienta vocación y se crea nacido para el arte y para la gloria. Reveses inmerecidos no desaniman á ningún hombre fuerte, á ningún atleta. Esto, suponiendo que sean inmerecidos los reveses; que es mucho suponer. Aquí, la excepción y lo inusitado es la severidad; la plaga y la costumbre, la indulgencia. Pero son hábitos difíciles de corregir, inveterados ya; obedecen á causas sociales que nadie desconoce, y no conseguiríamos desarraigarlas por mucho que las reprendiésemos. Preferible es abrir el paraguas, dejar pasar esa inundación de cuadros, y entre ellos elegir los nombres y las obras que lo merezcan, para dedicarles honrosa mención.

* *

De algunas de las más notables ya dí cuenta, por haber visitado los talleres de Beruete, Moreno Carbonero y Sorolla. De las otras sólo puedo hablar por referencia. No cabe disfrutar á un mismo tiempo los recreos y solaces de la corte y la primavera en el campo; me he venido á mi retiro, que está adorable de frescura con los árboles brotando hojas bajo la capa de nieve florida, y tengo que atenerme á lo que dicen los periódicos, todos conformes en que esta Exposición, si no es peor que las anteriores, es tan mala como la peor. El Jurado habrá sido de merengue: en cambio los críticos se muestran duros y aconsejan *mucho* — no me resuelvo á decir que *mal* — á los artistas españoles. Hasta hoy existía en los escritores propensión á cultivar, tratándose de arte, y sobre todo de arte pictórico, la nota del patriotismo *chauvin*, que consiste en encontrar excelente todo lo nuestro, sólo por ser nuestro, y sostener que en ese ramo estamos á la altura de cualquier nación, entre las más adelantadas y grandes de Europa. Hoy creo que se nos han barrido de los ojos las telarañas. A ello ha contribuido no poco — aparte de esa educación que hasta involuntariamente recibe el espíritu con la lectura, la reflexión y el continuo roce de la comunicación intelectual, por mil caminos establecida — el magno Certamen de París. ¡Cuánta y cuán seria pintura, venida de todas partes, se ha podido admirar, hace un año, en el *Grand Palais*! ¡Qué mundos de enseñanza en esa exhibición de cuadros donde — al revés, por lo visto, que en la de Madrid — sería embarazoso tener que eliminar, porque dominaba lo bueno, lo excelente!

La lección que de allí se desprendería, para los artistas españoles, la han aprendido, cuando menos, los críticos; de lo cual no me asombro... No es lo mismo predicar que dar trigo, dice el refrán. El trigo que *nos dan* (generalmente) los artistas españoles, es de dos clases, pero de igual procedencia. Si flojean en el dibujo y si sus asuntos no están pensados, es que dibujar y pensar son cosas que requieren esfuerzo, paciencia, atención sostenidísima; *trabajo*, en suma. *Trabajar* les parece á bastantes artistas de nuestra raza un vilipendio; en esto opinan como opinaba (año, sobre todo) la gente de sangre azul.

El brochazo fogoso, el hacer abocetado, la mancha impresionista que con afectada negligencia deja descubierta el lienzo por muchas partes; la tablita emborronada con cuatro pinceladas gruesas y chillonas — lo que se despacha en una hora y no exige calentarse los cascos — es en pintura... (¿y por qué no decir en literatura?) uno de los ideales de la raza, á la triste hora presente. Nada parecido á eso he visto en París, al apreciar en conjunto la pintura europea. Al contrario: la impresión capital que de allí me he

traído es la del esfuerzo, la de la acción; el desarrollo de voluntad y de energía, el estudio constante, perseverante, que no pierde de vista ni un minuto su objeto. En las mismas tentativas extravagantes que provocaban la hilaridad y aguijoneaban el *esprit* de las parisienses (verbigracia, la de los *puntillistas*), se veía una intención bien definida, algo más que el afán de acabar pronto y quitarse de delante del caballete para salir á fumar tomando el sol, ¡lo único que inspira tantos lienzos españoles!

* *

Y en otras direcciones del arte en el extranjero, verbigracia, en la pintura *esmalista*, ¡qué exceso, qué derroche de prolija labor! Del dibujo no quiero decir nada, porque diría primores. Así como el pianista profesional necesita ejercitarse bastantes horas diariamente, el pintor ha de dibujar siempre, dibujar sin descanso, no creerse nunca dueño de la línea. El ejemplo de Goya y de otros artistas que cometieron graves errores de dibujo, no debe seguirse... en eso. Cuando Goya quería, dibujaba maravillas; y sobre todo, era un temperamento tan poderoso, tan absorbente, que no sufre ancas. Digo la verdad: no las sufre.

* *

Veo con gusto que entre los pintores que adelantan, que van cuesta arriba, es citado Víctor Morelli. Le cuento entre mis amigos y sé que no va con él nada de lo anteriormente dicho acerca de la pereza, la carencia de rumbo fijo y el afán de acabar pronto, para liarse en la capa y darse una vuelta de callejeo. Víctor Morelli es un obrero infatigable, que se encierra con la obra y lucha á brazo partido hasta conseguir poner en ella todo lo que cabe en sus facultades. Modesto y propicio siempre á escuchar el consejo y aun la censura, Morelli sin embargo no se desanima; no deja caer los brazos inertes á lo largo del cuerpo. Cuando pinta cuadros de historia, no descansa hasta procurarse modelos y accesorios justos, para no incurrir en el menor anacronismo. Y así Morelli, sin ser uno de los artistas geniales que todo lo avasallan, no se para, no se queda: en cada Salón sube un peldaño, adquiriendo nuevos derechos á la estimación y al elogio. Los que conocemos su carácter generoso, su sincera admiración por los maestros, su falta absoluta de envidia, de acritud y de pretensiones, nos alegramos viendo ascender más en el arte que en su carrera á este honrado y serio trabajador, joven aún y llamado sin duda á conquistarse un puesto, por derecho propio, en buena lid.

* *

Las mujeres han concurrido, no sin lucimiento, á la Exposición. Las bellas flores de Fernanda Francés, las frutas tan verdaderas y apetitosas de María Luisa de la Riva Muñoz, sostienen el pabellón feminista, si he de juzgar por las muestras, que ya conozco, del talento de estas pintoras españolas. Y sin salir del terreno en que me encuentro, no pierdo la ocasión de felicitar á los pintores que, según noticias, han tenido estos días un rasgo de dignidad y de probidad, al interesarse en que sea admitida á oposiciones para la pensión de Roma una señorita, sobrina de Pradilla, á quien se trataba, en las esferas oficiales, de excluir por *razón* de su sexo, interpretando á la chinesca ciertos artículos del reglamento que vedan la presencia de *mujeres* en la Academia de Roma. El sentido de esta prohibición, tratándose de una residencia de hombres mozos y alegres, claro es que no podrá ser otro sino el de que no lleven allí sus amigas y armen francachelas. Con una señorita que cultiva el arte, ¿cómo va á rezar esa disposición preventiva del reglamento?

Si mis informes no están equivocados, y en efecto se debe á los artistas el que no se haya cometido una iniquidad con la artista (hablo condicionalmente; ¡fío tan poco en la equidad de nuestros señores y amos!); si realmente, por una vez, han hecho lo que deben y lo que se haría en una nación civilizada, mi cordial enhorabuena. El arte, la ciencia, las letras, ó son el más pueril ejercicio, ó son escuela de libertad, de justicia, de guerra á las preocupaciones y á las sinrazones, vengan del público, vengan del Estado. Yo siempre he dicho — aunque me desalentase el comprobar lo *pequeños* que son en esto hasta los más *grandes* — que el derecho de la mujer ha de reivindicarlo el varón, al fin más fuerte y más ilustrado ahora. Esos opositores al premio de Roma, sean quienes fueren, merecen toda mi simpatía. ¡Que Dios les haga unos Velázquez!

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

PINCELADAS

Tengo que rectificar lo dicho hace pocos días en este mismo sitio acostumbrado: los periódicos, por regla general, han concedido á la Exposición de Bellas Artes tanto espacio y tanta atención, poco más ó menos, como á una corrida de Beneficencia, y *El Imparcial* le consagra dos hojas enteras, de nutrida y detenida información. El ejemplo que da *El Imparcial* no me satisface solamente porque representa un adelanto en las costumbres periodísticas, sino porque indica (pues la prensa no suele hacer estas cosas á humo de pajas) que el público se va interesando en algo diferente de la cogida del diestro *Brutandillo* y el crimen sensacional de la *Tripicallera*. Aunque se deba á curiosidad y á *snobismo*, es bueno que la gente (como en países más cultos) agite las cuestiones de estética, y solicite conocer nombres de artistas, detalles de su biografía, juicios acerca de su estilo, condiciones y valer. Cada *Salón* debe constituir una solemnidad, y ojalá que el atractivo de la pintura y escultura modernas determine un aumento en el número de visitantes de los Museos de arte antiguo, asaz abandonados y solitarios en Madrid.

* *

Se han realizado mis temores. En esto sí que no tengo que rectificar. Hay crítico que asegura bajo su firma que de los mil y pico de cuadros presentados en la Exposición, debieran haber sido rechazados mil. No en vano dije que me infundía miedo la habitual transigencia apática de los Jurados de admisión. No es saludable, para la educación de la juventud que ha de seguir una senda tan erizada de dificultades de otro orden, esa bondad calamitosa con que se aceptan impremeditados ensayos. Hablo así, apelando á mi razón, sin negar que mi corazón podría aconsejarme mal, dado caso que yo formase parte del Jurado. Recuerdo que en cierta ocasión, en Madrid, oí á un artista lamentar que iba á verse rechazado un cuadro suyo, y sin conocer la obra (ni casi al autor) me apiadó su desesperación, que parecía ser del género de las que ponen en la diestra el revólver, y espontáneamente, en el acto, me fui á ver á un vocal influyentísimo, amigo mío, y le arranqué la promesa de admitir el cuadro, *fuese como fuese*. Comprometido ya el amigo, pronunció estas frases: «Mi única compensación y el único castigo que usted ha de sufrir, es que se venga ahora mismo á ver el cuadro que patrocinó.» No podía negarme. Entramos en la sala donde se depositaban las obras de suerte incierta todavía, y quedéme estupefacto, mejor diría aplastado, ante un descomunal lienzo de ocho metros de longitud por cinco de altura, pintado á brochazos gordos como un telón, pero sin perspectiva ni claroscuro, y cuyo asunto, á primera vista, era difícil de adivinar — y no porque encerrase ningún símbolo. — Confieso que sentí encima de mi conciencia todo el peso de aquel bastidor, y en mi